

## **El Ensueño: un flamboyán de flores rojas en el ocaso**

Pensar la ciudad de Querétaro nos lleva, a propios y extraños, a levantar un imaginario de texturas barrocas, cantera rosada, arcos infinitos, fuentes cantarinas y el sol derritiéndose en rosados, lavandas y anaranjados sobre el poniente, encima de las cúpulas y torres eternas de los altos cielos. Pero abriendo la mirada, pensando más allá de las ilustraciones colectivas, hay barrios, vecindarios, colonias y fraccionamientos que también son la ciudad, y que suelen ser las verdaderas cotidianidades de los queretanos. Los diálogos urbanos que nos conforman como seres sociales nacen en los vecindarios a través de saludos constantes, de la contemplación de los espacios compartidos, de la identidad de ser un colectivo que se une ante las adversidades.

### ***El alfalfar que custodiaba el vecindario***

Mi historia inicia -y continúa al día de hoy- en una colonia de los años ochenta, levantada en un antiguo proyecto de interés social, sobre una periferia que ahora es centro, llamada El Ensueño. Esas coordenadas se enmarcan entre 5 de febrero, prolongación Zaragoza, prolongación Pino Suárez y Ejido Modelo, escuchándose muy de cerca la carretera a Celaya con sus tráileres y pesadas mercancías. Anteriormente se erguía en esos terrenos la magnánima hacienda La Capilla, cuyo casco aún está de pie en la esquina de Tecnológico con Zaragoza, Arteaga y Churubusco. El sitio donde ahora se localiza mi colonia es relevante históricamente, ya que fue donde aprehendieron a Leonarda Martínez “La Carambada” para llevarla a su muerte, exactamente en el rancho El Cristo, perteneciente a La Capilla. Dicho evento sucedió en 1884, cuando el estado – y el resto del país – estaban aún sufriendo las consecuencias de la Intervención Francesa y la Guerra de Reforma, encontrando en el hurto y el asalto armado en los caminos una fuente segura de riquezas. El camino a Celaya era el favorito de los bandoleros, quienes en su mayoría eran antiguos soldados imperialistas que no encontraban otra manera de sobrevivir ante aquel panorama.

En estos terrenos alejados del Centro Histórico de la ciudad, en el año de 1982, se comenzaron a levantar docenas de casas replicadas, con el mismo diseño de dos plantas y

una breve terraza que más se asemeja a una gran ventana. Cuatro viviendas por cuadra, aproximadamente, diseñadas con un efecto espejo, una al lado de la otra. En medio de esta pintura urbana de colores blancos y grises, un tremendo alfalfar verdoso custodiaba las calles, mismo que era la reminiscencia de los antiguos ejidos de La Capilla. Muchos niños de la colonia jugábamos a explorar los pastizales y las enredaderas que brotaban de él, escuchando al atardecer esas “s” amenazantes con que las víboras negras y demás reptiles anunciaban su presencia para que ni se nos ocurriera acercarnos. El olor a hierba emergía cuando la tarde moría; a veces fresca, a veces podrida. Mis vecinos adolescentes habían construido una casa del árbol en el pirul más grande del alfalfar, casa a la que sólo ellos tenían acceso y desde donde nos aventaban papel mojado a los más pequeños, si bien nos iba, pues por lo general era lodo. La ventana de mi habitación justo daba a esa casita en medio de la inmensidad, donde una pequeña luz me revelaba que los vecinitos aún seguían en sus actividades vandálicas al anochecer.

A todos nos maravillaba y horrorizaba al mismo tiempo ese alfalfar. Por un lado dotaba de calma, frescura y color a la colonia, la cual carecía – y sigue careciendo – de áreas verdes. Por el otro, en las noches era amenazante; nadie se atrevía a cruzarlo, los sonidos de los animales eran inquietantes y los olores se convertían en hedores – ya que pasaba por ahí la acequia de La Sandía, la principal línea de drenaje de la ciudad, que desembocaba en esa zona del poniente por ser la parte más baja de Querétaro –. Había personas que preferían atravesarlo para llegar a la colonia, en lugar de darse la vuelta hasta prolongación Pino Suárez, porque una gran función que el alfalfar tenía era la de bloquear la entrada al fraccionamiento. La única manera de llegar era por una estrecha y casi secreta entrada que se abría en Prolongación Pino Suárez y decantaba en una colonia miniatura llama Villa Las Arboledas, necesaria de atravesar si queríamos llegar a El Ensueño.

Un buen día, máquinas de construcción, polvo, ruido industrial y cientos de trabajadores aparecieron en el alfalfar. Los vecinos escuchábamos rumores en todo momento: que si un Liverpool llegaría allí, que si un *outlet* como los de Estados Unidos de Norteamérica, que si un club deportivo con varias albercas y campos de golf... La realidad terminó siendo un gran letrero en rojo que anunciaba “Gigante” y, en donde antes había un caos de naturaleza y materia orgánica, ahora se levantaba un rectángulo enorme de concreto con anaqueles e

infinita mercancía. Muchos vecinos, entre ellos mis padres, lo agradecieron, ya que curiosamente en toda la colonia sólo había una miscelánea sin nada de surtido, con apenas dos o tres refrescos en el solitario refrigerador, eternamente desconectado, y algún rollo de papel higiénico olvidado en la vitrina.

Los primeros días todos los vecinos íbamos a diario. Nos divertía hacer las compras de manera tan inmediata y práctica, dándonos el lujo de ir a pie por la despensa. Lo que yo realmente lamentaba era la nueva vista de mi ventana: una pared de concreto con varias puertas de emergencia donde los camiones de proveedores surtían la tienda. El horizonte frondoso, la abrumadora densidad y la casita de mis vecinos vandálicos, habían desaparecido para siempre.

### *La falla que cruza hasta las Californias*

Mi papá tenía un ritual por las noches, que era caminar por toda la colonia hasta llegar a un altar casi secreto de la Virgen de Guadalupe en una privada. Varias de esas noches yo lo acompañaba, dedicándonos a saludar a todos los perritos que nos salían en el camino y descubrir nuevas remodelaciones o detalles en la fachada de las casas por las que siempre pasábamos. Una de esas noches, le pregunté a mi papá por una cuadra que estaba particularmente dañada, donde la tierra estaba abierta y varias casas estaban rotas en toda su estructura. Parecían ruinas de un terremoto reciente. Él me contó que se decía que pasaba una ramificación de la falla de San Andrés por la colonia, la cual era un fenómeno tectónico que iba hasta las Californias. Al parecer nadie les advirtió sobre las verdaderas condiciones de esos terrenos a los dueños de las casas rotas, quienes tuvieron que desalojar de inmediato cuando apareció dicha maldición geológica.

Se notaba aterrador el asfalto partido, como una herida mortal de nuestro vecindario. Yo no acostumbraba a andar en bicicleta por el miedo a los coches, pero en repetidas ocasiones vi como chicos y grandes se accidentaban cuando rodaban cerca de la falla. Ese accidente geológico continúa aún. Caminar por esa cuadra es muy incómodo, pero todos los vecinos hemos aprendido a saltarla, considerándolo como un detalle más del mapa de nuestro barrio.

### *El Ensueño comienza a habitarse*

Los primeros habitantes de la colonia fueron unas vecinas recién llegadas de Monterrey, las cuales comparten la calle con mi familia. Decían que todas las casas estaban vacías, lo que le daba un aspecto fantasmal al rumbo, junto con la calma del alfalfar. Ellas se sentían apartadas del mundo, acompañadas solo de los silencios o de los repentinos sonidos de las víboras y grillos. La luz y el agua eran un problema constante, pero aprendieron a vivir con ello. Al ser una casa habitada por cinco mujeres de diversas edades, se sentían vulnerables en la soledad del vecindario. De repente llegó una pareja de la tercera edad a la casa de al lado, proveniente de Coahuila, con la que forjaron una estrecha convivencia, donde se intercambiaban cabrito por alambre de mariscos, o birria por caldo de camarón. Compartían esa sensación de exilio, esa nostalgia por sus tierras perdidas en el norte y el sur, respectivamente. Extrañaban el calor seco y el calor húmedo ante la continua frialdad que emanaba el alfalfar.

Unos cuantos años después llegaron mis padres a habitar la colonia (1988). Mi abuelo era adicto a jugar a la lotería todos los días. Sin falta, lo primero que hacía al levantarse era ir a comprar su boleto al puesto más cercano. Tantas apuestas diarias le brindaron algún millón y una casa: mi casa. Al casarse mis padres, les obsequió esa nueva vivienda de interés social ganada en la lotería. Ellos llegaron como todas las nuevas parejas; sin muebles, sin utensilios, apenas con unas cuantas cajas y un colchón. En el imaginario de sus parientes y amigos se habían ido a vivir hasta el último rincón de Querétaro, a un fraccionamiento desconocido y oculto del mundo. Ellos se sentían extraños, al estar acostumbrados a toda una vida en el bullicio del Centro Histórico. Mis abuelitos veían con pereza el desplazarse “hasta allá”, siendo que sólo la Avenida 5 de febrero dividía al Centro y a la misteriosa colonia.

Recuerdo a la perfección ese olor a los años ochenta y alfalfar; un olor como a una nostalgia que aún es muy joven, pero que sabe a un tiempo perdido que jamás volverá. Recuerdo los baños con azulejos medianos en azul claro, acabados de cerámica y espejos con gabinete. Recuerdo el peculiar diseño de los pisos y las escaleras, con manchas negras, grises y blancas. Recuerdo las dos aberturas en forma de rajada que tenían las fachadas de todas las casas, como si fueran la firma de la constructoras; unas eran cuencas y otras eran relieves.

Mi casa me parecía enorme, pero cuando iba a casa de mis abuelos, caía en cuenta que mi casa era más que pequeña. Los patios no se comparaban en lo absoluto y mucho menos la altura de las habitaciones. Ahora que mis abuelos ya no están, ni sus casas tampoco, y visito nuevas casas de interés social, con diseños contemporáneos, mi casa en El Ensueño me vuelve a parecer enorme.

### ***La transformación en la más absoluta asepsia***

Cuando mis padres tenían dos años de residir en la colonia El Ensueño, mi mamá dio a luz a mi hermana mediana. Lo hizo en la esquina de la casa, prácticamente.

La llegada del Hospital Ángeles (1990) – en un principio llamado Hospital San Carlos – representó un progreso, desde la perspectiva de la modernidad, para la colonia. Veía cómo los adultos se reconfortaban al pensar que había un hospital a la vuelta de la esquina, que los atendería rápidamente en caso de cualquier emergencia. Lo que no imaginaron fue el insomnio colectivo al que todos nos vimos sometidos por las constantes sirenas, emergencias y urgencias que azotaban todas las noches. Quizá también las había en el día, pero no las escuchábamos con la misma intensidad que en las madrugadas.

A consecuencia de la llegada del hospital privado, las casas de interés social se comenzaron a transformar en consultorios médicos. Cuando acudía a consulta era chistoso observar cómo la distribución era exacta a la de mi casa; como en el lugar de mi cuarto había una máquina de rayos X y cómo en mi cocina había una sala de juntas. De un momento a otro hubo de todo tipo de especialistas y sub-especialistas, hasta que también llegaron los depósitos con instrumental quirúrgico y los almacenes de medicamentos.

Muchas de las casas ahora eran residencias de estudiantes universitarios que iban a la Facultad de Medicina, la cual quedaba atravesando el antiguo alfalfar. Comenzó a ser cotidiano el ruido de las fiestas y la música juvenil noventera a altas horas de la noche, mezcladas con las sirenas de las ambulancias. Era irónico como en un mismo collage de sonidos se veía una narrativa de fiestas y accidentes al volante.

Exactamente al lado de mi casa había una de estas residencias. Era la misma casa de la pareja de viejitos de Coatzacoalcos, quienes después de dos décadas en la colonia, decidieron

regresar a su tierra. En dicho inmueble llegó un dermatólogo a instalar su consultorio, pero con la ingeniosa idea de remodelar el piso de arriba y construir una especie de estructura hotelera donde habría una docena de habitaciones estudiantiles. Su idea fue un éxito y varios estudiantes de medicina provenientes de todas partes del país llegaron a vivir ahí. También era habitual ver una larguísima fila de pacientes que le daba vuelta a la manzana para ser atendidos por él. Así pasaron muchísimos años hasta que un día comencé a percibir el vacío de esa casa. De un día a otro ya no había estudiantes, ni pacientes formados, ahora todo era silencio. Me enteré mucho tiempo después que el médico había fallecido de un paro cardiaco. Me quedé impresionada pues por esa época, en que la casa ya estaba vacía y abandonada, escuchaba una televisión encendida a un altísimo volumen durante todo el día, incluyendo las madrugadas, y estoy completamente convencida de que esa televisión, provenía de esa casa. Todavía sigue deshabitada, con plantas creciendo caóticamente por todas sus paredes, enterrada entre miles de papeles de propaganda y con los cuartos estudiantiles vacíos.

### ***Un paisaje salido de un cuento norteamericano***

La vista de la ventana de mi habitación continuó transformándose. Después de un par de años de tener un “Gigante” rojizo, de pronto todo fue pintado de anaranjado y ahora se llamó “Soriana”. Así estuvo unos meses hasta que, repentinamente, en ese “Soriana” comenzó a haber desabasto hasta convertirse en una nave abandonada. Todos los vecinos nos preguntamos una y mil veces el porqué de esa decisión, si había mucha demanda y el lugar estaba lleno siempre. De pronto los habitantes de la segunda sección de la colonia, la cual está más cerca del Hospital Ángeles, nos comenzaron a contar que, en la pequeña parte de alfalfar aún sobreviviente, que está casi sobre la carretera a Celaya, empezaron a construir cimientos de una nueva nave. En cuestión de semanas se alzaba nuevamente el letrero “Soriana” pero ahora de ese lado de la colonia. Era muy intrigante pensar en por qué se habrían tomado la molestia de construir una nueva nave deshabitando la que ya estaba. Los vecinos de mi sección nos molestamos porque ahora tendríamos que cruzar el camellón y caminar mucho más para hacer el mandado, a causa de quién sabe qué misteriosa razón.

Pasaron un par de años y la nave abandonada se convirtió rápidamente en una franquicia gringa de mayoreo, muy parecida a “Costco” y “Sams” llamada “City Club”. Era un complejo

con llantera, sucursal automotriz, comida rápida, gasolinera y unos espectaculares sobre la carretera para anunciarse. Ese paisaje me recuerda aún ahora a un pedazo de Norteamérica, de esos que salen en los cuentos de John Cheever o Carson McCullers, donde siempre una familia viaja en automóvil por autopistas llenas de negocios y algo fatal está por suceder. Me sentía extraña por vivir en un Querétaro medio agringado, que ya no tenía el barroco del Centro ni la estela setentera de Carretas o El Cimatario.

Ahora era de lo más común ver a los trabajadores de esta tienda descansar frente a mi casa. Compartiendo la comida entre amigos o parejas, o de plano tomando una siesta bajo los pirules. Afortunadamente la junta de colonos siempre ha insistido a la gerencia de la tienda en que tenga mucha limpieza con su parte trasera, para que las viviendas que se encuentran ahí, puedan disfrutar de calles limpias y no contaminadas.

Muchos años después llegó el famoso *outlet* estilo texano o californiano que esperábamos desde 1997. Se llamó “Hilvana”, un conjunto de tiendas de saldos donde marcas de ropa y calzados, prestigiosas pero no tanto, liquidaban sus piezas de colecciones pasadas de moda. También había un pequeño cine con una cartelera en extremo limitada y un área con dos o tres tiendas de comida rápida. Lo que sin duda todos los vecinos agradecemos, fueron los cajeros bancarios que pusieron ahí. Los más cercanos a nuestro fraccionamiento sin duda.

Como niña, continuamente sufrí porque en mi colonia no había juegos. Mi papá, mis hermanas y yo nos desplazábamos hasta Jardines de la Hacienda para poder jugar, patinar o andar en bicicleta, en su famoso parque. Ahora mi pequeña hija me pregunta lo mismo; no entiende porqué en la mayoría de las colonias que visitamos hay al menos una isla de juegos y en nuestro Ensueño no. Afortunadamente hay una alternativa para ella: en “Hilvana” instalaron una sección con unos cinco juegos muy curiosos, como de diseño minimalista en colores primarios, que es el concepto de la plaza. Ese lugar es un sueño para ella, al que vamos continuamente para que juegue y socialice con otros pequeños sin alejarnos tanto de casa.

### ***Quiénes fueron mis calles***

Desde pequeña mis papás me enseñaron a aprenderme mi dirección por si un día me perdía, con la condición de que no se la compartiera a ningún desconocido: “Antonio Pérez Alcocer,

El Ensueño, Antonio Pérez Alcocer, El Ensueño...No Candiles”. En la colonia Candiles hay una calle que se llama exactamente igual que la mía, con la diferencia de que es un circuito. Por supuesto llegó la edad en la que me di cuenta que todas las colonias tenían un concepto teórico en sus nominaciones: Jardines de la Hacienda → Haciendas de Querétaro, Álamos → Nombres de árboles, plantas y hierbas, El Cimatario → Nombres de evangelizadores y cronistas de la Nueva España, El Marqués → Nombres de profesiones, Satélite → Nombres de fenómenos naturales.

¿De qué tenían nombre mis calles? ¿Quiénes era esos señores? Tuve el privilegio de que mi papá amara la historia y sabía quién era cada uno de los personajes que ilustraban las calles de El Ensueño. Antonio Pérez Alcocer, el que más me interesaba por ser “mi” calle, fue un filósofo queretano, fundador de la Escuela de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro, autor de importantes tratados teóricos a nivel nacional y gobernador de Querétaro sólo por cinco días en el año de 1931. Lo más impresionante para mí fue que Antonio Caso, miembro y fundador del Ateneo de la Juventud, fue su maestro. Honestamente me sentí muy feliz de que nuestra calle llevara el nombre de un filósofo.

Las avenidas principales de mi colonia se llaman Hilarión Frías y Soto (lamentablemente ahora conocida como “Hilario Frías y Soto” por un confusión en los letreros) y Cayetano Rubio. El primero fue un médico de profesión pero escritor de oficio, discípulo del famoso Lucas Alamán. Frías y Soto se distinguió por sus ensayos, novelas y obras dramáticas, al igual que su hermano Luciano. Al parecer, también mantenía una estrecha amistad con Benito Juárez y aunque realizó su trayectoria profesional en la Ciudad de México, nació en Querétaro.

Por otro lado, Cayetano Rubio es quizá el más famoso de los nombres de las calles de mi colonia. Dicho personaje, si bien, no fue queretano de nacimiento, sí dejó en esta ciudad un legado fundamental que hasta el día de hoy nos representa a los habitantes, el cual es la fábrica de textiles “El Hércules”, cuyo significado para mi generación es un lugar de esparcimiento, buena comida y cultura, pero que para mis padres, abuelos y ancestros fue una fuente de trabajo y tradición local.

Después de lo que mi padre me contó, entendí que las calles de mi colonia se referían a queretanos con hazañas intelectuales, culturales y políticas fuera de serie. Significó mucho



para mí saber esto, ya que de ser nombres desconocidos ahora tenían una carga simbólica importante para mí, aunque lamenté y sigo lamentando que no haya mujeres entre esos personajes.

### ***Fallas en el espacio – tiempo de las delegaciones***

Una de tantas historias que escuché en mi vecindario, a propósito de los nombres que nos rodean como símbolos de pertenencia a un lugar, fue la de que El Ensueño pertenecía a la delegación Felipe Carrillo Puerto y no al Centro Histórico o a la Josefa Vergara, como Jardines de la Hacienda. Desde una perspectiva instantánea es poco probable imaginar que El Tintero y El Ensueño seamos vecinos delegacionales, ya que nos separan bastantes kilómetros que corren por 5 de febrero. Sin embargo, al revisar un mapa delegacional de la ciudad, me percaté de que es muy congruente que mi colonia pertenezca a dicha delegación por la distribución geográfica.

Como la curiosa puberta que alguna vez fui, le pregunté a mi padre por el nombre de nuestra delegación, para saber por qué ese señor merecía que nuestro territorio se llamara como él. Me sorprendió mucho saber su origen yucateco y lo ajeno que era a Querétaro, pero cuando mi papá me describió sus heroicas hazañas, su bondad, su sentido social de inclusión, su sed de justicia, me pareció muy honorable que nuestra delegación tuviera su nombre.

Hay algunas desventajas, como que el registro civil o la clínica del IMSS que me tocan, me quedan bastante retiradas, pero me siento orgullosa de que mi calle y mi delegación profesan nombres de personas admirables.

### ***El eterno retorno a El Ensueño***

Comenzó en mí una necesidad por independizarme, dado que llegué a mi adultez, pero en lugar de mudarme a ese departamento soñado, de altas vigas y un balcón orientado a una cúpula queretana, ubicado cerca de La Cruz o de Santo Domingo, terminé viviendo en la ahora llamada CDMX por cuestiones de mis estudios. Debo confesar que me adapté y que entendí relativamente rápido lo efímera que era la existencia allí. Fue como si mi vida se equilibrara después de estar en una apacible existencia en El Ensueño durante 26 años.

Extrañaba Querétaro, sí, muchísimo... Las casas de mis abuelas en el Centro Histórico, y en especial, la esquina de Ocampo con Ezequiel Montes; la metáfora de mi existencia, pues mis padres vivían en esas calles antes de casarse. Recuerdo varios momentos en los que iba en el metro y soñaba con uno de los gelatos sabor Kinder Sorpresa de enfrente de Catedral (San Felipe Neri), comiéndomelo en una de las banquetas de Madero mientras veía al cielo pasar de naranja a lavanda sobre las cúpulas del templo de San José de Gracia.

También extrañaba a mi colonia, donde el concreto estaba limpio, con botes de basura cada medio metro, los pirules refrescando la cuadra y un cielo donde se veía claramente la diferencia entre el azul ilusorio y las nubes. Lo que más extrañaba era el calor de hogar, tener comida en el refrigerador, el abrazo de mis papás y la sensación de verdadero ensueño a la hora de dormir.

Un día todo cambió en mi existencia capitalina. Me enteré que sería madre y, anhelando una existencia más pacífica para mi hija – una mejor calidad de aire, de economía, de vida – decidí regresar a Querétaro. Mi hija nació allí, en mi amado Centro Histórico, pero el destino quiso que yo siguiera existiendo en la colonia Ensueño y la casa que pude obtener también quedaba ahí, muy cerca de la casa donde crecí.

Parece que seré habitante de El Ensueño toda mi vida...

### *El flamboyán rojo y el ocaso que se derrama*

El regreso a El Ensueño nunca lo concebí en mis planes a corto plazo y, sin embargo, sucedió. Los mismos súper mercados, los mismos consultorios, casi los mismos vecinos. Pero ahora habitaba ese espacio como adulta. Comencé a necesitar que hubiese una pollería, una pescadería y una carnicería cerca. Agradecí que hubiera tantos pediatras al rededor para el bienestar de mi hija. Me sentí afortunada, al igual que mis vecinos del pasado, de que hubiera un hospital a la vuelta de la esquina y, aún más, cuando mi hija necesitó una guardería y había más de una oferta en la manzana.

Mi casa era idéntica a la de mis padres; una de interés social de los ochenta, pero volteada con un efecto espejo, a diferencia de la disposición de la de ellos. Estaba igual que cuando se casaron: con apenas un colchón, pocos muebles y uno que otro electrodoméstico. Poco a poco me hice de más cosas, llené de plantas mi patio y adopté un par de mascotas. Renové

mi fachada y pude comenzar a construir mi propio hogar. A comparación de las viviendas que habité en la CDMX, ésta era como un pedazo de cielo para mí.

Después de un par de años apacibles pero con las sirenas de siempre sonando en la madrugada, comenzaron los rumores de que se arreglarían las calles de nuestra colonia en un proyecto planificado a más de 6 meses. Todos los vecinos nos pasmamos al conocer que no podríamos ingresar nuestros vehículos y que tendríamos que comenzar a buscarles otro lugar fuera de la colonia. Creamos una verdadera comunidad al unirnos y decidir que dejaríamos los autos estacionados juntos, en la explanada de City Club, y nos cooperaríamos para pagarles una vigilancia exclusiva en todo ese periodo de obras públicas.

Justo en esa circunstancia de cambios estructurales para la colonia, mi padre murió.

A la par de su pérdida, hubo que soportar en El Ensueño más de medio año de calle rotas, tierra y lodo, el bloqueo de los caminos peatonales naturales, ruido industrial las 24 horas del día... Pero un día, las calles resplandecieron más hermosas que nunca y se hizo la calma. Mis vecinas, las primeras habitantes de la colonia provenientes de Monterrey, fueron un gran soporte para mí y mi familia en el duelo. Nos recordaban continuamente lo querido que era mi padre por ellas y toda la colonia, nos compartían anécdotas de cuando se conocieron y, sobretodo, nos insistían en la fortaleza y la comunidad que lograríamos al ser ya una familia de puras integrantes mujeres, como ellas. Podría decirse que los diálogos urbanos entre mis vecinos y mi espacio, la colonia, fueron elementales en ese periodo de dolor y crisis.

Mi padre no murió en su casa, ni en la mía, ni siquiera en el fraccionamiento, murió en el Centro Histórico, exactamente en el mismo lugar donde nació mi hija, pero su espíritu se quedó fijado en la calle Antonio Pérez Alcocer, justo a la altura del flamboyán de flores rojas que él mismo sembró. Cuando cae el ocaso, el poniente proyecta un tono rosado – rojizo que se funde con esas flores del flamboyán y su silueta comienza a dibujarse en el horizonte de la calle, hacia Hilarión Frías y Soto. Cuando lo extraño demasiado y necesito un abrazo de él, me salgo a fumar justo en ese punto de la calle, afuera de su casa. Ahí fumábamos a escondidas los dos, para que mi mamá no nos regañara. Nuestras conversaciones duraban lo que un cigarro Marlboro, pero eran todas las tardes y eran las conversaciones más bellas que un padre pudo haber sostenido con su hija. El tema principal de esos encuentros efímeros era la historia, la de Querétaro casi siempre.

Hoy no tengo a mi papá, pero conservo el amor que fomentó en mí por nuestra ciudad, incluso por nuestra colonia que a veces me resulta insoportable sin su presencia física. Pero siempre que lo extraño, sé que me está esperando en el flamboyán de flores rojas, con los rayos del atardecer, en la calle de Antonio Pérez Alcocer.